

el último ataque delante de los fuertes del Pei-ho; reclamaban una indemnización de guerra y estipulaban, en fin, que las ratificaciones de la paz se firmasen en Pekín. La contestación no se hizo esperar; ésta fué la negativa de toda reparación y de toda indemnización. El gobierno chino no empleaba un lenguaje idéntico con las dos potencias: respecto á Francia, afectaba gran sorpresa, negaba toda causa de lucha, fingía creer que nuestra flota y nuestros efectivos habían sido ajenos á los sucesos del Pei-ho. Respecto á Inglaterra, el tono era más altivo y el desprecio de las formas ordinarias iba hasta la insolencia. Diferencia que es curioso notar, pues la encontraremos de nuevo con frecuencia en las negociaciones ulteriores, ya porque la China presintiese en la Gran Bretaña un enemigo más peligroso, más invasor y, por consiguiente, más odioso, ya porque mediante esa astucia algo burda esperase aflojar ó romper los lazos de la alianza.

Con la contestación de China se desvaneció toda esperanza de arreglo. Instalado sólo en Shanghai en las concesiones europeas esperando sus tropas, el general Montaubán trabajaba activamente en la preparación de la guerra, aunque no sin decepciones ni contratiempos. Lo más difícil fué procurarse caballos; escaseaban en China; con gran trabajo y á elevado precio se adquirieron del Japón. La impaciencia de los ingleses por empezar las operaciones aumentaba nuestras dificultades administrativas y militares: nuestros aliados aspiraban sobre todo á ocupar la isla de Chusán, situada casi delante de Ning-po y respecto á la cual tenían quizá sus miras para lo porvenir; después de muchas objeciones, Montaubán se prestó á la empresa y ocupó la isla, sin disparar un tiro, por dos regimientos de infantería inglesa, ayudados de un pequeño destacamento de nuestra infantería de marina. En esto, un correo de Francia anunció al general que sus atribuciones quedaban modificadas: seguía siendo comandante en jefe, pero de la expedición solamente, mientras que la marina tendría un jefe independiente en la persona del vicealmirante Charner. Al mismo tiempo Francia é Inglaterra expidieron á China, la primera el barón Gros y la segunda lord Elgin, con plenos poderes diplomáticos. De modo que entre los aliados iba á haber seis autoridades distintas. A medida que transcurría el tiempo, la situación del general en jefe se hacía más embarazosa, no habiendo aún recibido sus fuerzas. Entre China y las potencias occidentales existía el estado de guerra. Los ingleses habían desplegado ya sus batallones en Hong-Kong, en Shanghai y en Chausán. A últimos de mayo la flota que conducía el pequeño ejército francés se hallaba en aguas de Shanghai, á excepción del *Iseré*, que había varado cerca de Amoy, el *Duperré*, que había salido con retraso de Tolón, y la *Reina de los Clípers*, que, después de haber zarpado también con retraso, había de ser, pocos días después, devorada por un incendio delante de Macao, sin que se pudiese salvar nada más que las tropas y la tripulación. A pesar de estos contratiempos, los generales aliados disponían ya de una fuerza total de unos diez y ocho mil hombres. Nada se oponía, pues, á la ruptura de las hostilidades.

Después de una ó dos semanas de descanso, los buques continuaron su marcha hacia el Norte y abordaron en la península de Tche-fú, situada en el golfo de

Petchilí y recientemente reconocida por el contralmirante Protet. El desembarque y la instalación de los vivaqués se llevaron á cabo sin que apareciese ninguna fuerza indígena. Con igual facilidad se establecieron los ingleses en Talién-huán. Se habían dejado algunos batallones en Shanghai, para la seguridad de la población, amenazada, como toda aquella parte del Imperio, por una terrible insurrección que ensangrentaba la China. Los insurrectos, dueños de algunas grandes ciudades, marchaban bajo diversas banderas y cometían toda clase de excesos, como saqueos, incendios y asesinatos. Los comerciantes europeos pedían la salvaguardia de las tropas de Occidente y lo más sorprendente era que las autoridades chinas unían sus ruegos á los ruegos de los residentes ingleses, franceses y americanos.

De la península de Tche-fú á la desembocadura del Pei-ho, punto de las próximas operaciones, la distancia era de setenta y cinco leguas. Del 20 al 25 de julio, las tropas, descansadas de la travesía por mar, fueron embarcadas de nuevo, pero esta vez por pocos días solamente. Los franceses llevaban diez mil hombres, sin contar los enganchados indos, y los ingleses diez mil. Con los generales se embarcaron los dos embajadores, el barón Gros y lord Elgin, recién llegados de Europa. El primero deseaba limitar la empresa en vez de extremarla; viejo ya, ávido de descanso, muy versado en los asuntos de Oriente, desilusionado de la vida, temeroso de trabajar para Inglaterra cuyos intereses comerciales absorbían á los nuestros, se inclinaba á la moderación. Lord Elgin, ágil y animado, dispuesto á acompañar al ejército á caballo, tan absoluto en las negociaciones como pudiera serlo un jefe de cuerpo en el mando, bien decidido á llevar hasta el fin las consecuencias de las victorias futuras, no solamente resuelto á humillar á China, sino atento además á espiar sus disensiones interiores para intervenir oportunamente según la ocasión, soñando en desmembramientos, en soberanía y en conquista y dejando escapar á veces en sus partes algo de sus ideas y de sus sueños.

El 28 de julio, las dos escuadras se reunieron cerca de un grupo de islotes que en la lengua del país se llaman las islas Sha-lui-tién. El 30 fondearon á poca distancia de la desembocadura del Pehtang-ho. Una canoa de la marina, tripulada por algunos oficiales, avanzó por el río para estudiar sus defensas, y la corbeta *Duchayla*, descendiendo hacia el Sur, procedió á una posterior exploración de las bocas del Pei-ho. Mientras tanto, desde la cubierta de los buques se observaba la costa, costa baja, triste, llana y que, en los días de gran marea, debía ser invadida por las olas. En la orilla se extendían los bancos de cieno, mezclados con charcos de agua, que nuestros oficiales habían señalado hacia poco: en el litoral no se veía traza alguna de habitación. A dos ó tres kilómetros adentro, emergía del suelo una especie de dique estrecho que corría de Este á Oeste: era una calzada que, partiendo de Pehtang y alcanzando el Pei-ho más arriba de los fuertes, se dirigía sin duda hacia Pekín. Las miradas se fijaban con curiosidad en aquella ruta que sería seguramente la que seguiría el ejército para flanquear las defensas chinas y penetrar en el país inexplorado: con los anteojos se divisaron varios carros que se cruzaban, de lo cual se dedujo que la vía sería bastante ancha para el transporte

de los bagajes y de la artillería. Calculábase todo esto cuando volvió la canoa: las riberas del Pehtang-ho estaban desiertas: no se veía ninguna patrulla tártara; algunas pesquerías y nada más. En las cercanías de Peh-

por la parte de tierra, el aparato de la defensa fuese tan perfeccionado, lo cual era un argumento más en favor del ataque de flanco que se proyectaba.

Después de algunos días borrascosos, el 1.º de agos-



El general Montaubán

tang, situado á la orilla del río á poca distancia de su desembocadura, los exploradores no habían encontrado ningún indígena á quien poder interrogar. Momentos después los marinos del *Duchayla* se juntaron á su vez con el resto de la escuadra, refiriendo que las estacas les parecían mayores y los fuertes poderosamente armados por la parte del mar; pero que dudaban que,

to mejoró el tiempo y las escuadras se acercaron á la costa. Las tropas anglo-francesas, destinadas á formar la primera tanda de desembarque, se trasladaron á los botes y á los juncos que fueron remolcados por lanchas de vapor. Montaubán quiso desembarcar el primero. A unos cincuenta metros del litoral, saltó al agua que le cubría hasta las rodillas, y, seguido de sus oficia-



les y de un destacamento de cazadores, se dirigió hacia la orilla. Los ingleses le imitaron. Después de haber dejado atrás la última ola y atravesado la zona fangosa, casi tan incómoda como el agua del mar, llegaron al fin á una superficie seca y resistente. Entonces, en medio de las aclamaciones de los franceses y los hurras de los ingleses, las banderas de ambas naciones fueron plantadas en tierra, en señal de ocupación. Así empezó la guerra, guerra fantástica por lo remota y por lo imprevista.

Como se acercaba rápidamente la noche, el teniente coronel Dupin se apresuró á formar una pequeña escolta, y sin pérdida de tiempo penetró hasta el caserío, donde encontró algunos chinos, que parecían inofensivos y más dispuestos á pedir clemencia que á defenderse. Con una osadía temeraria, los exploradores se aventuraron hasta los fortines. Los encontraron evacuados y sin más armamento que dos ó tres cañones de madera con aros de hierro abandonados en las murallas. Temíase, sin embargo, que hubiese minas, y no sin razón, pues al día siguiente se descubrieron pequeñas máquinas explosibles que los zapadores lograron destruir sin accidente alguno.

Pehtang era el punto menos propicio para una larga permanencia. Carecía de vegetación y de agua potable; los abastecimientos eran allí difíciles, y el suelo pantanoso despedía emanaciones tan pestilenciales que pronto engendraron algunos casos de fiebres y diarreas. Las dificultades del desembarco y la persistencia de las lluvias retrasaron la partida más de lo que se hubiera querido.

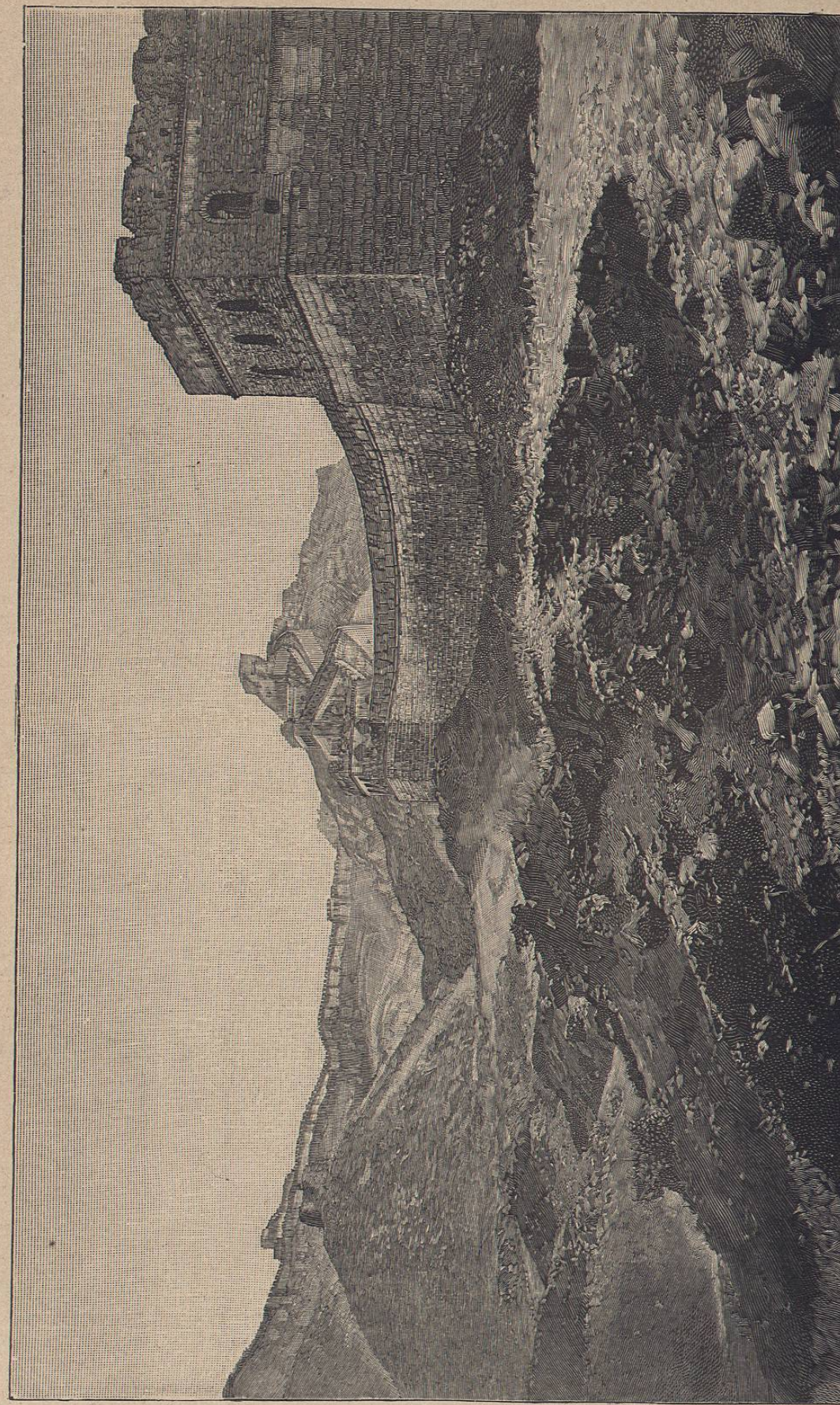
Por fin, el 12 de agosto, los aliados salieron de aquel burgo infecto, con la esperanza de no volverlo á ver. Emprendieron la marcha por el camino explorado nueve días antes por el general Collineau y que torcía hacia el Pei-ho para dirigirse hacia Tien-tsin. Al principio, la marcha fué penosa por la calzada resbaladiza que dominaba una vasta llanura invadida en parte por la marea alta. Al cabo de siete ó ocho kilómetros, el suelo se elevó insensiblemente, y fué más favorable para los carros y la artillería; luego se presentaron terrenos muy bien cultivados y hasta jardines, que ofrecían un singular contraste con el aspecto desolado de Pehtang. No se encontraron por la comarca más enemigos que algunos exploradores tártaros, armados de lanzas, que galopaban lejos de nosotros, y si se acercaban era para alejarse en seguida. A la derecha del camino aparecían, en número considerable, otros de forma cónica que marcaban antiguas sepulturas y recordaban á los veteranos de Crimea otros *tumulí* casi iguales, vistos años atrás en la Dobrujscha. Cerca del mediodía llegaron á Sin-ko, delante de cuyo pueblo fueron ocupados sin gran resistencia algunos reductos de poca importancia. Dos días después, en el pueblito de Tangko, otra fortificación que constituía una especie de campo atrincherado, fué tomado después de una acción algo reñida, aunque poco mortífera para los nuestros, gracias á lo defectuoso del tiro enemigo. Delante de nosotros corría, á través de la llanura, el caudaloso Peiho, surcado por juncos que señalaban su curso. A nuestra izquierda y hacia el mar se veían los fuertes, las estacadas, todos los sitios que habían sido testigos del descalabro que teníamos la misión de vengar.

## III

Los fuertes llamados de Takú eran cuatro, dos en cada orilla: dos de ellos alzábanse á orillas del mar; los otros, más próximos á nosotros, estaban situados un poco más atrás y enfilaban la corriente del río. Estaban contruídos á la europea y parecían bastante bien provisionados, no siendo dudoso que serían enérgicamente defendidos. Desde la época del desembarco habíanse dirigido á nuestros embajadores diversas comunicaciones, primeramente por conducto del ministro de Rusia, general Ignatieff, después por mediación del representante de los Estados Unidos, Mr. Ward, y, finalmente, por el mismo gobernador de la provincia; pero estos mensajes, que no formulaban ninguna promesa de reparación, más bien tenían por objeto, al parecer, ganar tiempo que asegurar la paz. En el campamento de Sin-Ko habíanse encontrado, en los bagajes de los jefes chinos fugitivos, una porción de documentos en los cuales se revelaba, al lado de ciertas tendencias pacíficas, la animosidad del partido de la guerra: uno de ellos era una proclama poniendo precio á las cabezas de los «bárbaros» y graduando concienzudamente las recompensas según el rango de las víctimas (1).

Llegado que hubieron de Pehtang los refuerzos en material y artillería, fijóse el ataque para el 21 de agosto, conviniéndose en que comenzaría por el fuerte de la orilla izquierda más cercano á nosotros. A las cinco de la mañana las baterías aliadas rompieron el fuego, que prosiguió sin resultado notable durante dos horas; pero de pronto prodújose una explosión formidable detrás del parapeto, y desde aquel momento los cañones enemigos contestaron más débilmente y los intervalos entre disparo y disparo indicaron, al parecer, cierto descorazonamiento. El general Collineau, aprovechando aquella coyuntura, hizo avanzar tres compañías del 102.º de línea, y poniéndolas al abrigo de un muro de tierra, las dispuso para el asalto. Grandes eran los obstáculos y habrían sido insuperables si hubiesen estado defendidos por un enemigo menos torpe en el manejo de la artillería: consistían en tres fosos llenos de agua, una hilera de empalizadas de bambúes clavados delante de las murallas, y en estas mismas murallas que apenas habían sufrido los efectos de nuestros fuegos. Pero todas estas defensas resultaron inútiles ante el arrojamiento de las tropas que salvaron los fosos y destruyeron rápidamente á hachazos las empalizadas, logrado lo cual, los coolies colocaron las escaleras y los más atrevidos entre los nuestros subieron hasta el talud de las murallas. Entonces la lucha entró en una nueva fase: los chinos, acosados de cerca, substituyeron su fuego, casi inofensivo á causa de su mala dirección, por una especie de combate cuerpo á cuerpo, valiéndose de sus picas, sables y flechas, aprovechándose al azar de todos los obstáculos, arrojando piedras y balas sobre los asaltantes y tan pronto lanzando á éstos á los fosos como tirando de ellos al través de las troneras. En el interior de las fortificaciones prolongóse algún tiempo la resistencia hasta que el enemigo, aniquilado por las compañías que acudieron en auxilio de la columna de asalto, envuelto por

(1) *Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 111. — *Depêches et Journal* del barón Gros, pág. 248.



LA GRAN MURALLA DE LA CHINA